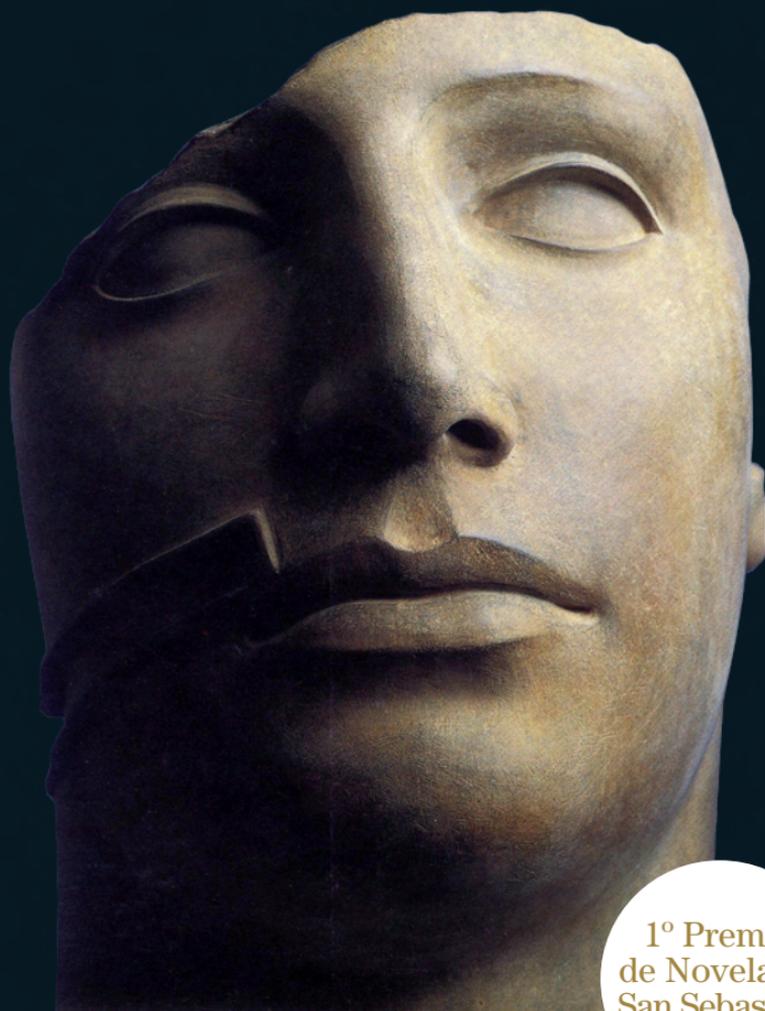


# Darío

M. R. Tornadijo



1º Premio  
de Novela de  
San Sebastián

M. R. Tornadijo

# **Darío**

Segunda edición: 2014

Esta obra obtuvo el **Primer Premio de Novela Ciudad de Irún**  
(luego, **San Sebastián**) en el año 1993.

© Miguel Ramos Tornadijo  
www.tornadijo.com  
tornadijo@tornadijo.com

© Edita: Newline Gabinete de Prensa y Comunicación, S.L.  
Madrid: Lope de Rueda, 21 (CP 28009 )

Barcelona: Oriente, 78-82 (CP 08172 Sant Cugat del Vallès)

Diseño gráfico: Estudi Guillem Vidal

Depósito Legal: B. 27713-2013

Impresión: Advantia

ISBN: 978-84-933049-4-2

Portada: Igor Mitoraj, escultura de Tindaro Nero

Printed in Spain – Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros modelos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Cerró la carta despacio y luego, tras un leve suspiro, levantó la mirada hacia el infinito. Hacía frío allá afuera. El rocío no había desnudado todavía la piel de las hojas vestidas de invierno. Muy pronto subiría la marea del Támesis y con el agua crecida no podría salir de casa durante dos horas. Bajó la vista y revisó en un pequeño cajoncito del escritorio si tenía sellos para España. Pero no hubo suerte, y comenzó a sentir un poca de angustia.

Una bandada de garzas le alertó de que el curso del río empezaba a hurgar el nuevo cauce. Si no echaba ahora la carta perdería un día más, y ya eran varios los que llevaba de retraso. Quizá papá había comenzado a hacer sus propios planes para la Semana Santa. No, no podía arriesgarse tontamente por culpa de la marea o de un sello; y decidió ir a comprarlo en seguida a la tienda de los Surendra, a diez minutos de casa.

Golpeó la puerta con un poco de rabia, echándose las culpas de su falta de previsión, de este despiste in-

concebible, de olvidarse de papá precisamente ahora que estaba tan solo; y eso que ella se consideraba una mujer metódica. Sin embargo, no era la primera vez que notaba cómo los pequeños quehaceres de cada día se apoderaban de su memoria y cómo esta Inglaterra irreconciliable, con sus lugares hermosos, los amigos interesantes y aquellos conciertos inolvidables, le iba alejando poco a poco de sus orígenes. Tenía, sí, casi todo lo que una chica podía anhelar: un hogar maravilloso junto al Támesis, en Chiswick, rodeado de patos salvajes; unos hijos bien educados, que iban a una de las mejores escuelas de Londres; y un marido, Mathius, culto, profesor en la London School of Economics, con un brillante futuro universitario. Pero le faltaba algo.

Antes de salir de casa Claudia tomó la precaución de abrigarse más de lo habitual y cogió lo primero que encontró a su paso, el chal nepalí que compró durante el viaje de novios y que acostumbraba a tenerlo siempre a su lado, encima de las piernas o de los hombros, cuando se echaba la siesta o mientras miraba el fuego de la chimenea. Era una prenda íntima y hogareña, que nunca sacaba fuera de casa, y por eso ella misma se sorprendió de su decisión repentina e hizo una mueca extraña, mitad sonrisa, mitad recelo, andando ya calle abajo junto la ribera.

Transcurrieron pronto los diez minutos. El colmado estaba vacío y los dueños, indios llegados del

Rajasthan en los mejores tiempos de la Commonwealth británica y que intentaban a toda costa caer simpáticos a la clientela, hacían alusiones al clima. Claudia se limitó a frotarse las manos y a gesticular con la cabeza, como si el frío le hubiera enmudecido por momentos. No hubo casi cruce de palabras. Pagó el sello y regresó a la calle. Acortó distancia por un pasadizo que rara vez recorría hasta que halló el buzón y, despacio, lanzó la carta al vacío.

Suspiró hondo, esta vez con mayor intensidad, como si experimentara una liberación, una sensación de final de etapa, el comienzo acaso de un periplo insospechado. Mil y un pensamientos inciertos transitaban por su mente y Claudia prefirió seguir paseando, ahora con más calma. Chiswick House quedaba cerca y dentro del invernadero notaría menos este fresco atardecer. Empezó el camino por el atajo del cementerio y casi sin darse cuenta había traspasado ya la imponente verja de la antigua mansión de Lord Burlington, convertida con el tiempo en un inmenso parque dieciochesco, eterno solaz de enamorados, en cuyo interior había un pequeño palacete que recordaba los trazos de Palladio y que a veces se usaba como sala concertina de sopranos y tenores desafinados.

Hacía ya algunas semanas que no se acercaba hasta este paraje. Solía venir los domingos de la mano de Mathius y con Eric y Berta correteando sin cesar. Y siempre por la mañana. Las tardes inglesas duran

poco, insistía ella, y este argumento le bastaba para convencer a su esposo de pasear por aquí antes de comer, por miedo inconfesado a encontrarse perdida con la caída del sol y acechada en las esquinas por amantes solitarios en busca de un amor quizá desafortunado.

Hoy, sin embargo, Claudia encontraba todo tipo de excusas para realizar el paseo prohibido. A estas horas, por ejemplo, la marea ya habría subido y no podría entrar en casa sin mojarse los zapatos. Los niños tenían clase de música y tardarían en llegar a casa. El sol aún conservaba algo de fuerza en sus entrañas como para retrasar un buen rato la oscuridad. Y para tranquilizar completamente su conciencia había visto varias personas de ronda y otras charlando en algún recodo luminoso del parque con aspecto muy normal. Así que nada le impedía perderse entre los pinos y llegar hasta el invernadero.

Las lluvias de la noche anterior habían dejado su huella en los senderos y el barro iba moldeando figuras aprovechando las pisadas de anteriores caminantes. La visión de aquellas formas le conmovió de repente. El barro, observó. Aquel barro de papá, sus primeras esculturas, sus manos, su mirada profunda, sus ojos verdes, anclados en la profundidad de unas ojeras negras, aparentes, perpetuas en el tiempo.

Alcanzó pronto la cuesta que conducía al invernadero. Tras los cristales varios ancianos bien arropados

leían en tertulia, mientras las mujeres tejían. Claudia levantó el chal de sus hombros y se abrigó más el cuello y la garganta. En un rincón del amplio pabellón vio un banco vacío y se acercó hasta él. Dudó un momento en sentarse, pero al final cedió. Cruzó las piernas y escondió sus brazos bajo la suave lana nepalí.

En este invierno Chiswick House todavía conservaba en flor algunas dalias, iris y crisantemos. El otoño había sido largo y ello contribuía a mantener mejor que otros años el calor ambiental dentro del pabellón. Cerca de Claudia se habían plantado los bulbos de los futuros tulipanes, y ya imaginaba tras los vidrios la pradera roja u ocre de primavera. Era un paisaje sin figuras ni movimiento. Un pajarito revoloteando sin destino, los cristales salpicados de lluvia, los pinos y las buganvillas todavía con la tez afeitada y afrancesada. Todo era tenue. Todo era bruma. El tiempo transcurría ahora poco a poco, con menos prisa, atento él mismo a la nostalgia de su ayer.

Observando la nada, con la vista anclada en uno de esos ventanales pardos, Claudia recordó que fue aquí precisamente, en el invernadero de Chiswick House, donde lloró por primera vez en Inglaterra. Sus ojos desvaídos recorrieron un momento los límites del lugar, y tanto los ancianos como los esquejes, macetas y plantas se iban difuminando como simples manchas en el horizonte. Volvió la mirada al cristal testigo de su memoria y un halo de tris-

teza comenzó a embriagarla lentamente. Creyó incluso que estaba llorando, que buscaba un pañuelo bordado para calmar las lágrimas, que una de esas manchas se le acercaba poco a poco para consolarla. Y que allá fuera los niños gritaban mientras jugaban al escondite.

Se percató vagamente de que en realidad no estaba llorando, aunque a lo mejor hubiera preferido humedecer de verdad sus pupilas. Pero los borrones, quizá más nítidos, seguían ahí. Aquella vez Mathius le tomó la mano dulcemente, se la levantó y la besó con los labios calientes, resbaladizos, besos cortos mientras decía “perdóname”. Y las lágrimas iban resbalando y cayendo.

De hecho, gesticuló para sí Claudia, no pasó nada. Simplemente ella le preguntó al día siguiente de instalarse en Inglaterra si viajarían todos los años a España para ver a papá y a Sofía. Hacía de eso nada menos que catorce años, cuando ella contaba veinticuatro y acababa de casarse con Mathius, aquel joven encantador que quería explorar la costa mediterránea a pie y leer en español a García Lorca.

Sin embargo, no es que Mathius se negara a ir a España cada año, sino que pensaba que ella debía alejarse de su hogar paterno, pues consideraba que le aturdiría más de lo normal. De ahí que marchar a Inglaterra tuviera también el cariz de una escapada sin traumas, con vivienda para siempre y amistades

refinadas. Todo de la mano de Mathius: el segundo hombre de su vida, el gran seductor, la paciencia y la constancia personificadas. Demasiado cambio al principio, demasiados lazos que romper y nuevos que estrechar; demasiado aprender, dar y escuchar.

Con el tiempo, y sobre todo con los nacimientos de Eric y Berta, la vida en Londres se le fue haciendo más fácil y hogareña. Aunque no por ello dejaba de añorar Caldes y Barcelona, aquellos paseos del brazo de papá por Vallvidrera, las lecturas compartidas, las charlas interminables con Sofía en el café *Montalvo*, enzarzadas ambas en discusiones horribles para salvar lo insalvable. Y también aquellas visitas a la galería, llena siempre de esculturas, de barro cuarteado, de vasos sucios y pinceles resecos.

Cuando conoció a Mathius, Claudia vivía una época de profunda desazón. Intentaba olvidar, crecer en la vida con alegría, lo más lejos posible de su biografía, desafiando, en el fondo, su destino. Aquel primer encuentro en la discoteca *Paladium* de Playa de Aro tuvo gracia. Mathius iba acompañado de otro amigo, y ambos deambulaban por el local ebrios de alcohol y mujeres. Eran muy divertidos, y Claudia lo que más deseaba entonces era huir de la presión familiar cotidiana. Es cierto que no fue muy chistoso cuando él, haciéndose el despistado, la empujó contra la barra del bar y se acercó hasta sus labios más de lo admisible proponiéndole salir a bailar.

Naturalmente ella se negó y tornó la cintura en seguida, fingiendo continuar una conversación muy animada con una de sus amigas.

El segundo encuentro sí que la cautivó. Ocurrió en las escaleras que conducían a los lavabos. El resbaló cuando bajaba, y ella, pocos peldaños más abajo, se tropezó con aquel bulto. Le ayudó a incorporarse y, ya de pie, él no volvió a presentarse ni agradeció que le tendiera la mano. Simplemente la besó. Claudia se precipitó hacia la sala con cierto malestar. Al cabo de un rato Mathius se le acercó de nuevo y le pidió excusas, al tiempo que le rogó que bailase con él. Y ella, sin saber muy bien porqué, accedió.

En la pista Claudia intentó guardar las distancias, aunque no pudo evitar dos o tres carcajadas ante algunas contorsiones exageradas de Mathius. Cuando acabaron aquellos compases de *No more lonely nights* regresó junto con sus amigas, y él siguió bailando solo mirándola fijamente; mientras ella intentaba quebrar la cabeza una y otra vez, mal disimulando, inquieta, resbalando su sonrisa y su cuerpo ante aquel caballero inglés muerto de cansancio y tremendamente seducido de aquella fiebre española de verano.

No hubo más cruce de palabras esa noche. Sólo el destino quiso que a la tarde siguiente ambos se toparan de frente en la rambla de Sant Feliu de Guixols. Los dos iban solos, y él no pudo resistir la tentación de sonreír al verla de nuevo. Claudia pretendió esquivar el

reencuentro, pero él, con dos zancadas, se plantó cara a cara sin darle posibilidad de que avanzara en la huida. Fue un saludo cortés, hasta elegante, y muy sobrio. Con las mejores dotes de estudiante del King's College, Mathius le ofreció un café en uno de los bares de la alameda. Ella arguyó que había quedado con su hermana Sofía, si bien reconoció que no inmediatamente.

Entraron en *El Dorado* y tomaron asiento. El local estaba casi vacío, puesto que la mayoría de los clientes prefería los veladores de la calle. Tras el pedido de rigor, Mathius le pidió perdón por su comportamiento durante la noche anterior. Ella restó importancia al asunto, comentando que en verano todo el mundo se comporta de forma alocada y más en una discoteca. El castellano de Mathius era bastante fluido, y Claudia no tardó en preguntarle por sus quehaceres. El joven, cada vez más apuesto y delicado, le comentó que estudiaba economía, aunque su pasión profunda era leer a los clásicos españoles, en especial a García Lorca. Era una lengua que le gustaba tanto que hasta solía asistir a muchas conferencias de hispanitas que se celebraban en el Instituto de España en Londres. Entre comentarios y mil y una anécdotas pronto transcurrió el tiempo, y Claudia tuvo que renunciar a continuar la charla para reunirse con su hermana y volver a Caldes. Antes de salir se estrecharon las manos, se intercambiaron los teléfonos y direcciones, y prometieron volver a verse, quizá esa noche, en *Paladium*.

Fue así como comenzó su más fulgurante idilio juvenil. Con veintidós años Claudia vivía las noches de Playa de Aro en constante desenfreno, junto con varias amigas rapaces y charlatanas, contentas todas de saborear la fiebre de este verano singular. Dos años después Mathius y Claudia se casaban en la iglesia de Caldes. Dos años intensos llenos de pasión, de cartas lejanas, de golpes de teléfono taciturnos y larguísimos, de dudas, de proyectos, de querer olvidar y de querer construir.

Hacía poco que su madre Elsa había fallecido. Y aunque su padre Darío se desenvolvía bien, los últimos años habían sido muy duros. También empezaba a distanciarse de Sofía, y poco a poco su vida se iba haciendo más aciaga. Por eso, la aparición de Mathius tuvo serias implicaciones en su vida familiar.

Darío, cuya visión de la realidad podía estar deformada, pero que, a pesar de todo, mantenía un olfato especial para escudriñar más allá de lo aparente, percibía en Mathius una personalidad que no le acababa de agradar. Quizá fueran celos de padre ante la posible marcha a otro país de su querida hija Claudia. Pero tampoco era eso. A su edad y en su situación no podía refugiarse ahora en un argumento tan banal. Él mismo se sorprendía de prejulgar sin pruebas, teniendo en cuenta además que el hecho de que fuera británico, culto y con un gran futuro universitario debía favorecer en teoría su aquiescencia.

cia, puesto que para él, gran amante de la escultura y de los buenos modales, no había lugar en el mundo comparable al British Museum y ponderaba con gusto la costumbre puntual del té y de guardar siempre las formas.

Aún sin haber motivos suficientes para dudar de Mathius, lo cierto fue que Darío mantuvo desde el primer momento una prudente distancia y nunca preguntó a Claudia sobre sus relaciones sentimentales con el inglés. Ella tampoco echó de menos requisiciones por el estilo, pues sabía que papá vivía en un estado contemplativo ausente en todo momento de lo mundano y embebida su memoria en el recuerdo de mamá.

Por otro lado, Claudia sostenía un noviazgo lleno de convulsiones románticas. Todas sus energías las volcaba en Mathius, en los mil borradores de las cartas que le escribía, en lo que le diría por la noche cuando él le llamara por teléfono, en cómo sería el próximo reencuentro y los que vendrían después. Todos, empezando por las amigas que tanto le animaron, se quedaron sorprendidos de su transformación. Ahora mostraba grandes ganas de vivir. Apenas concedía una o dos horas a la semana para salir con sus antiguas compañeras de evasión y durante estos ratos no paraba de atosigarles sobre los colores del jersey que estaba tejiendo para Mathius, acerca del último retrato a carboncillo que le estaba dibujando, o sobre

la receta del pastel de cumpleaños que le mandaría mañana por avión.

A pesar de la distancia y de que ésta deforma ciertos comportamientos, Mathius se dio cuenta de que tanta efervescencia se debía, en parte, al entorno familiar de Claudia, temiendo que ese amor de ebullición pudiera ser, en realidad, el reflejo inconsciente de la escapada o el refugio a tanta desesperación íntima. Darío continuaba absorto en sus esculturas, pasando las horas muertas en la galería torneando el barro sin prisas ni alteraciones ajenas. Y Sofía había estrechado lazos con amigos que poco tenían que ver con el carácter de Claudia. Era un hogar, pensaba Mathius, sin calor humano, cada uno de sus miembros enfrascado en un mundo aparte, vidas todas ellas divergentes, con sólo esas paredes como punto de encuentro en común.

Pero ello no significaba que no hubiera candor. ¿Acaso Darío tenía que expresar exteriormente al inglés algún sentimiento? ¿Acaso Claudia debía renunciar a esa independencia sin balbuceos, sin visitas? Había quienes creían, como Mathius, que aquella era una casa sin esperanza ni alegría; y Darío, que sabía la existencia de esos rumores foráneos, apenas les concedía un minuto de atención. “¿Por qué volver al mundo? ¿Por qué perder más tiempo en teñir los ribetes de la vida de un color que no es el mío?”, argüía para sí. Y las hijas, que también conocían aquellas intrigas callejeras, daban la razón a su padre, cada una

añadiendo más argumentos en defensa de un modo de vivir asediado por la incomprensión ajena.

Claudia pasaba los días fascinada ante la idea de irse a vivir con Mathius a Inglaterra. Por eso, la noticia de su boda no sorprendió a nadie. Y ella, fruto tierno de aquel destello de amor, dejó Barcelona y Caldes sin tristeza. Al principio Londres se le apareció en todo su esplendor. Cada noche, durante la cena, planeaba el recorrido del día siguiente y se dejaba guiar con gusto por los consejos de Mathius. Los fines de semana ambos emprendían paseos sin regreso por senderos tapizados de mil colores; y visitaban museos y castillos, las habitaciones privadas de reyes, las salas de armaduras, patios interiores bordados de enredaderas.

Claudia descubrió las estaciones del año, el ciclo de los patos y los árboles de hoja caduca. Y también aprendió en estas excursiones los blasones de las Ordenes de Caballeros y de la más exquisita aristocracia. En los atardeceres se entretenía tejiendo más lana para Mathius, calando tapetes o bordando manteles; y en el rato libre que le quedaba leía páginas enteras sobre su nuevo país, los músicos, la ópera que verían mañana en el Covent Garden, y repasaba sus lecciones de inglés. Casi no le quedaba tiempo para tocar el piano, su gran desahogo durante los últimos años de soltera y que ahora se estaba convirtiendo en un viejo mueble decorativo.

Con el paso de los años logró complacer la lógica aspiración de Mathius de convertirla en una mujer ilustrada y asimilada por completo a su entorno y al estilo de vida británico. Identificaba con facilidad los artistas más consagrados de la cultura anglosajona e incluso superaba a su esposo en bastantes ocasiones. Los museos de Londres los conocía casi de memoria. Aprendió una cincuentena de nombres de Lords, gracias a la Guía Vacher's que le regaló Mathius y que durante varios meses se convirtió en su compañero de viaje en el metro. Y su inglés mejoró muchísimo tras realizar unos cursos de fonética en el University College, que corrigieron el acento español de su nueva pronunciación.

Los nacimientos de Eric y Berta despertaron en ella nuevos aires. Se volvió más casera e introvertida, y volcó todas sus energías en educar a sus hijos con urbanidad y salud. Los sábados practicaba con ellos algún deporte, mientras Mathius concentraba sus horas libres en el estudio de más teorías económicas incomprensibles para Claudia. No sabía si su obsesión por los buenos modales la había heredado de papá o de la convivencia obligada con los ingleses. En cualquier caso, le preocupaba mucho las compañías de sus hijos, la doctrina que impartían los maestros, el que Eric y Berta adoptaran un sentido de responsabilidad propio, una madurez ya desde la niñez.

Fue esta crianza lo que provocó las primeras desavenencias graves con Mathius. Para él, el prestigio de la escuela adonde acudían los niños estaba fuera de duda, y aludía como prueba el alto coste económico que debía pagar cada mes para sufragar esta educación. Claudia, en cambio, no veía garantía alguna de calidad por el hecho de que en las reuniones de padres se viera en la sala algún personaje famoso y Rolls-Royce o Jaguars con chófer esperando en la calle. A Mathius le preocupaba el giro social de sí mismo y de los suyos, y se amparaba en la consagración histórica de la *high school*, en que varios alumnos habían llegado a ser ministros o empresarios potentes, en la magnificencia de la finca escolar, para justificar sobradamente aquella docencia.

A Claudia le costó aceptar esta situación, y en más de una ocasión desató una ira desmedida contra esta maraña de componendas sociales, amenazando con sacar a Eric y Berta de allí inmediatamente. Por otro lado, Mathius estaba demasiado ocupado con su carrera profesional. Tras presentar una tesis doctoral que, al parecer, fue muy comentada en los ambientes universitarios, trabajaba ahora en un libro ambicioso y llevaba entre manos otros proyectos también importantes.

Esta atmósfera anidó un cierto desánimo permanente en Claudia. Naturalmente seguía enamorada de su marido y, después de todo, la educación de los

niños no era tan mala si la comparaba con el comportamiento de otros escolares de su misma edad. Llegó a creer que padecía la curva del desaliento de la que hablan los manuales matrimoniales y las parejas con muchos años de vida en común. Sin embargo, la referencia última y que más pesaba era la de papá. Siempre acababa pensando en él y en mamá, en su relación tan atípica, en la grandeza filosófica de Darío con sus manías y lucidez, en el final estético de aquel matrimonio que comenzó antes del accidente de mamá... Todo aquello era un peso unas veces demasiado amargo y otras de una ternura sin par.

De ahí que pasar la Semana Santa o el verano en España adquiriera cada año una dimensión muy especial. Para los niños era la gran aventura, el juego insaciable, las excursiones a pie de un pueblo a otro, el descubrimiento de la tierra caliza, las cuevas, las correrías por el somontano. Y para claudia, el reencontro, la galería, el sol, el mar, la noche sempiterna, la risa, y también el olvido.

Entre tanto desde la lejanía veía a papá muy retraído, ensimismado en su pasado, sin amigos, sin ninguna hija que se ocupara de él tras la marcha de Sofía con Alberto. Era una angustia silenciosa, que se despejaba al horizonte sin motivo alguno aparente: una lágrima que se resbalaba durante un concierto cualquiera en el Barbican, un escalofrío contemplando una obra anó-

nima en la Royal Academy, un suspiro largo y profundo en una pausa de sus labores de costura.

Mathius no tardó en percatarse de la congoja que iba desbordando el corazón, las manos, la sensibilidad toda de su esposa. Por esta razón aprovechaba la menor ocasión para desacreditar a Darío y a España; al tiempo que inició una serenata de presentaciones y cenas con amigos pretendiendo así distraerla. Eran cenas divertidas, muy doctas y cultas, en las que compartían mantel con sus colegas de la London School of Economics, quienes intentaban resolver el mundo a base de números y citas de otros grandes profesores, de los cuales obviamente Claudia nunca antes había oído hablar.

Las conversaciones apasionadas de estos sabios no consiguieron, sin embargo, que ella despejara su mente. A veces, incluso, confundía a estos profesores con estatuillas de barro, anquilosadas en torpes formas y que poco a poco iban cobrando vida. El barro de unos labios aún partidos, las orejas con lóbulos muy caídos, los dedos largos sin marcar arrugas. Era el mismo barro de la galería de papá, rodeado de trapos manchados por el arco iris, de agua parda, de fotografías y postales griegas; la bombilla pelada en el centro, y allá fuera, más lejos, algunas amapolas y lirios cárdenos.

Todos estos pensamientos se atolondraban en su interior, ahora, en este invernadero con amapolas y

lirios de forma y color diferente. Por eso le gustaba tanto pasear por Chiswick House y sentarse en uno de los bancos de este semillero cubierto de vidrios rancios. Le recordaba tanto a la galería de papá...

Un respiro hondo le devolvió el sentido del tiempo presente; mientras sus ojos, que habían estado anclados en el pañuelo de ribetes bordado por ella misma y que guardaba encogido entre sus manos todavía húmedo de las lágrimas, se abrían más y surcaban otros destinos, y sus labios se encogían levemente. Ahora, sí, podía estar tranquila. Había echado la carta y pronto vería a papá. Le llevaría, como siempre, mermeladas de *Fortnum and Mason* para sus copiosos desayunos en Caldes, la biografía del escultor Francis Chantrey, y los guantes de lana que le había tejido en navidades para que sus dedos no se amorataran más con el frío y sus venas siguieran cálidas marcando el discurrir intenso de su vida.

Quizá porque pensó en el rigor invernal introdujo un momento sus manos en los bolsillos de la falda, y en el izquierdo descubrió la pequeña estatuilla de bronce que papá le regaló el día de su boda y que había pertenecido a mamá. Fue la primera pieza que obsequió su padre a Elsa, al poco de conocerse. Era una figura sin más valor que el sentimental, y solía llevarla con ella, si bien esta vez se sorprendió de no haberse dado cuenta antes de que se hallaba en uno de sus bolsillos. De tamaño pequeño semejava a un Buda

barrigón con un ombligo hermoso y una sonrisa muy peculiar. Claudia lo llamaba cariñosamente *budita* y se entretenía con él girándolo dentro de la palma de una mano, aunque casi siempre a escondidas para no molestar a Mathius, quien alegaba ponerse nervioso ante esta manía suya de jugar con inconscientemente con la figura. En su base y por debajo llevaba inscritas las iniciales E y D en letra carolingia.

Por un instante retuvo la mirada en el diseño de la caligrafía, que conocía de memoria. Se fijó en el trazo tan limpio, en que ambas iniciales iban unidas, y en que la D rodeaba un poco a la E como si la albergara en su seno. Después alzó la vista más allá de los cristales medio empavonados del invernadero. Alcanzó los cipreses cortados que se hallaban en un recodo próximo a la glorieta, de un verde cetrino, y quedó de nuevo inmóvil. Algo le estaba pasando, temía un acontecimiento extraño, pero no sabía el motivo ni el desenlace que tendría. Encerró fuerte el bronce de papá en su mano hincando las uñas en la piel, hasta que se hizo un poco de daño. Se levantó de repente, sin conceder más sosiego o amargura a su memoria. Y a pasos firmes, oteando fugazmente otros bancos y aquellos ancianos de cada tarde, emprendió el camino de regreso a casa azotada por un frío crepuscular, rodeada de árboles gigantescos y, a sus pies, de tréboles humedecidos y de hierba amarillenta.

Era un retorno al infinito, el túnel del tiempo formado por las grandes ramas que tejían una bóveda ojival, la pinaza que iba urdiendo la alfombra más larga del mundo, el canto locuaz de las ardillas y los patos invisibles en este anochecer. Coro de clarines y trompetas, un Haendel apoteósico, un caminar derecho, sin trémolos, por el centro, marcando los pasos, oyendo el chasquido de algunos tallos secos, huyendo aprisa de un vacío ilocalizable.

“Pronto –cavilaba Claudia–, pronto veré a papá”.

Esperó a que acabara un capricho de violín de Paganini que emitían por la radio para guardar la carta de Claudia en un cajoncito de la cómoda. Como de costumbre, estaba sentado al lado de la mesa camilla junto a la ventana. Desde aquí Darío oía a la caída del sol las despedidas eternas de los amantes de Caldes, unas veces bulliciosas y otras miserablemente parcas en palabras; y también el concierto musical de la fuente cercana de Reclons, virgen de aguamarina, que fluía de las entrañas de la tierra cual piedra preciosa en este paraje termal que la naturaleza quiso para sí. Aquellas notas en pleamar ofrecían un gran festival de quietud, plácida secuencia de su vida detenida en la imagen de Elsa: en aquellas manos delicadas, somnolientas en los inviernos; en aquella voz tenue y cálida, que impedía cualquier desaliento; en aquella piel tan suave, alfombra de caricias para siempre.

Era casi medianoche y hacía poco rato que la señora Melba se había marchado después de traerle,

como todas las noches, una taza de tisana bien caliente. Cuando terminaron las notas de violín, Darío se levantó y se acercó hasta la cómoda para guardar la carta de Claudia en un sobre grande que reunía la correspondencia de sus hijas. Bajó un poco el volumen de la radio y, luego, se inclinó para besar la frente de Elsa, evitando pensar que, en realidad, se trataba del busto en bronce esculpido por él cuando ella todavía vivía, y que estaba colocado ahora en un extremo del mueble. Durante el día Darío acostumbraba a acariciarlo, pasando sus manos entre las hebras cinceladas del cabello, dando aliento despacio a la sien... hasta que respiraba. Y entonces le hablaba moviendo un poco los labios, tejiendo una sonrisa leve, contándole secretillos de alcoba, los chismes de cada día, las cosas de las niñas, sus proyectos de futuro.

Esta vez no le dijo nada. De hecho, todavía no tenía ganas de irse a la cama y, por tanto, podía despedirse de ella más tarde. Regresó al lado de la mesa camilla, se sentó y comenzó a planear el programa de actividades que podría hacer junto con Claudia, Mathius y sus nietos durante la próxima Semana Santa. No irían a los balnearios, que ya todos conocían de sobra. Tampoco a comer al *Molí de la Selva*, dado que la última vez Mathius se enfadó mucho al mancharse la ropa de café por culpa del camarero. Quizá fuera una buena idea hacer una excursión hasta la ermita de Sant Maurici, por el camino del vía crucis,

escuchando los mirlos, y tumbarse sobre la hierba; aunque lo más probable es que allá arriba soplara con ímpetu el viento seco de la tramontana y no pudieran pasear mucho rato ni tomar asiento en un suelo salpicado de escarcha. Recordó que la señora Melba le aconsejó un día visitar Solius, a una veintena de kilómetros, donde hacía poco tiempo se había instalado un priorato cisterciense venido de Poblet. Sí, podrían ir allí; y también a Vidreres, y a *Les Panolles* a comer cangrejos y pescaditos fritos.

Giró su cabeza hacia el busto de Elsa, como pidiéndole su complacencia a estos primeros detalles del programa. Pensó que sí, que ella estaba de acuerdo, y sonrió. Tampoco ahora hubo necesidad de palabras, aunque tampoco le importaba hablarle en voz alta. Eso sí, las conversaciones con Elsa tenían un grado de privacidad incorruptible y las mantenía siempre a solas. Nunca advirtió que la señora Melba le había espiado más de una vez por detrás de la puerta y que, por consiguiente, sus hijas conocían estos soliloquios con el busto de mamá, reminiscencia, según ellas, de su paso por el manicomio de San Blas.

Darío quiso descargar el ambiente antes de acostarse y abrió la ventana para airear la habitación. De repente una bocanada de viento le azotó la cara, y se perturbó. La cerró en seguida dejando una pequeña rendija, suficiente para que se filtrara el frescor de la calle. Continuó sentado un momento más y, sin sa-

ber muy bien porqué, la imagen desconocida de Solius, pero de la que tanto le había hablado la señora Melba, le recordó la tremenda soledad casi monacal que padeció durante su estancia en aquel frenopático de San Blas.

Era natural que siete años dejaran huella. Él, sin embargo, jamás se sintió falta de razón. Fueron los demás quienes se empeñaron en juzgar, en quitarle el sentido a sus actos. Nadie entendió nada, y los acontecimientos se precipitaron. Todo pasó tan rápido que en menos de un año su propia esposa, por la que sentía el amor más profundo, le encerró en una casa sin puertas para justificar ella misma la lógica del desasosiego, para olvidar y hacer callar los murmullos, para encontrar la paz sin él y construir el mañana con el realismo del presente.

Darío excusó siempre la actitud distante de Elsa y los celos de sus hijas. Acabó pensando que, en verdad, era un incomprendido y que se había convertido en víctima social por haber querido amar más, sin fronteras espaciales, desterrando la noción del tiempo concreto para convertir la pasión en pura eternidad. Ya no habría más ayer, ni futuro, ni presente. Ya no habría más deseos ni veleidades. Sólo ella y su figura, sólo ella y su candor, sólo ella en su mente hasta el fin de los días.

Recordó entonces que aquellos siete años de estancia en el manicomio le encendieron más el orgu-

llo, al punto de que varios internos no cesaron de tacharle de altivo y egoísta. Ciertamente él se sintió allí diferente a la mayoría, y sólo su paciencia y su interés por perdonar contribuyeron a disimular lo que otros calificaban de obstinación permanente.

En este claustro vigilado de San Blas, Darío acrecentó sus manías: el orden, la hora de lectura diaria, el paseo al atardecer para despejar la mente y estirar las piernas... Sus convecinos de manicomio sentían por él cariño y desprecio a la vez. A todos les preocupaba su estado físico lastimero —en particular a las enfermeras y a Mercedes, su psicóloga—; pero eran muy pocos los que respetaban su forma de ser, y la mayoría le desdeñaban y le huían en seguida. Según Mercedes, Darío meditaba demasiado y estaba muy solo. Hubo inquisitorias en tal sentido que le contrariaron la conciencia sin que le ofrecieran alternativas convincentes. Y al final para evitar dudas sempiternas, Darío decidió aislarse más, como anacoreta en un monasterio, acudiendo a última hora al comedor; alargando sus paseos y encerrándose en su habitación.

Es muy posible que esta soledad forjada por su propia voluntad contribuyera a que se apasionara con más temple por las cosas de esta vida. Porque todo lleva su tiempo: esperar el amanecer sin tener que ir al trabajo; aguardar la floración de los almendros sin importar la lluvia ni el frío; descifrar lentamente los mensajes de los pájaros, de las ranas o de los grillos... Todas estas

virtudes de la naturaleza necesitaban también un poco de atención sin pretender conseguir nada a cambio. ¿Acaso la contemplación no es atributo del género humano? Por ejemplo, discurría Darío, Bach pudo muy bien haberse inspirado en el ritmo del jilguero, Mozart en el del ruiseñor, Beethoven en el del verderón. ¡Y qué decir de las ranas!, orquesta de timbales acuáticos, liras que enmudecen al claror y que en la noche despiertan a los búhos, de agrios graznidos, y a los grillos, sainete monótono y agudo, oscuro e ilocalizable.

No era de extrañar, pues, que Darío cautivase a escasos interlocutores explicando estas sensaciones, los colores que imaginaba tras las alas de las abubillas, o los valores que adivinaba entre los insectos de mil patas, siempre atolondrados en las esquinas del estanque. Uno de ellos se llamaba Tomás, que habitaba en la planta de arriba y que había conquistado reputada fama como jugador de ajedrez. Darío y Tomás hacían buena pareja en este lugar. A los dos les gustaba pasear y contemplar las maravillas de la naturaleza; ambos soportaban mal las inquinas de otros internos sabelotodo; y se las apañaban para eludir a sus respectivas familias, incluso durante los fines de semana que les daban libres, con tal de no molestar a los suyos. De hecho, ninguno de los dos tenía especial interés en cambiar de estado, aunque fuera por unas horas, puesto que ello suponía continuar dando explicaciones, reconocer en su persona la diferencia,

y contener un lloro en cada despedida familiar. Por eso preferían quedarse en San Blas sin testigos, hasta que definitivamente obtuvieran la libertad.

A don Tomás le trajo aquí su hijo único con el pretexto de que padecía paranoias y delirios por el estilo, aunque en el fondo lo que deseaba era desprenderse de su padre y organizar su hacienda. Era lo que se suele llamar un mal hijo, fariseo, casado por interés y amante de las apuestas. Tomás no tuvo suerte con él, pero tampoco se reprochaba nada: le dio una buena educación, viajes al extranjero y en casa hubo muchos libros de los que poder aprender los conocimientos que a él le faltaban. Tras muchos años de desencanto llegó a la conclusión de que hay herencias sin venas que no se transmiten, que carecen de apego, que nacen bastardas y sin posibilidad alguna de remisión.

Aunque Darío llegó al manicomio por razones bien distintas, ambos coincidían en que sus respectivas familias habían perdido el norte, demasiado pendientes como estaban de lo cotidiano. Su afán por vivir el presente era como una obsesión, sobre todo en el caso del hijo de don Tomás, tan ocupado en administrar las rentas que apenas tenía tiempo para ver, muy de vez en cuando, a su padre. Con Darío sucedió algo parecido. Al principio su esposa Elsa le visitaba cada domingo, pero luego comenzó a espaciar los encuentros y tampoco quería que él se desplazara

a casa los fines de semana, poniendo como excusa los deberes del colegio de las niñas y el hecho de que éstas se atormentaban cada vez que veían a su padre.

Así que era lógico que uno y otro se hicieran compañía, alargando las noches con partidas maestras de ajedrez mientras el resto de los internos veían la televisión, y planeando mil y un proyectos para cuando salieran de San Blas. Sin embargo, la muerte repentina del hijo de Tomás aceleró la despedida, y todas aquellas intenciones se desvanecieron, después de que Darío le cursara varias cartas que nunca tuvieron respuesta.

A partir de entonces Darío congeló su tiempo realizando más esculturas y jugando un poco al escondite con las plantas y las flores, intentando identificar sus olores a distancia. Se inventó un alfabeto astronómico con los nombres de constelaciones, nebulosas y planetas, que iba determinando a los respectivos frutos del jardín. Por ejemplo, las hortensias azuladas del patio interior las relacionaba con Venus; la hiedra trepadora del frontón con la Vía Láctea; los lirios erguidos del camino de entrada con Júpiter; los nenúfares del estanque con Neptuno; y así sucesivamente.

De tal manera que un día acudía a pasear al patio de Venus. Se acurrucaba en la esquina de un banco y comenzaba a soñar despierto. Unas veces se convertía en Zeus, ordenador del mundo, magistral en sus decisiones pero también débil ante la contemplación

de tamaña belleza. Allí estaba ella, Elsa, sentada entre plumas blancas sobre un carro tirado por palomas surcando los mares de Chipre. Aquel embelesamiento le instaba también a convertirse en Adonis o en cualquier amante despistado, subyugado por la desnudez altiva de la diosa. Otras veces se transformaba en Boticelli y la veía emerger de las profundidades marinas, mientras pincelaba talle a talle las finas hebras pelirrojas de su cabello. O en un artesano de Milos, con el cutis ya ajado por los vientos del Egeo, peleando poco a poco el mármol hasta descubrir una Elsa igual de majestuosa.

Con las margaritas Darío se sentía bien distinto. Los prados contiguos al edificio se hallaban abarrotados de estas flores y su paso serpenteaba mil recodos de una larga Vía Láctea que se perdía en el horizonte. El mismo se veía envuelto por una áurea nívea y resplandeciente, la misma que rodeaba a los pétalos, en su origen amarillentos. Aquí, todo era demasiado perfecto como para caer en la tentación de pretender dominar aquel camino pleno de simientes de amor. Darío se sentía diminuto, poca cosa, y dudaba siempre en retar al destino desgajando la corola de las flores para desbrozar sus deseos confundidos, temeroso de que su amor dependiera de deshojar cada noche una sola margarita.

Con la hiedra el éxtasis rozaba lo sublime. Se apoyaba en la pared trasera del frontón con los brazos ex-

tendidos, y acariciaba con su frente, con sus mejillas, con el mentón los tallos y las hojas que trepaban por el muro; respirando hondo aquella frescura, rociando sus labios con las gotas de esa saliva verde, las estrellas libres, con mil detalles, incontrolables e incontenibles a la vez.

Y en el estanque, tras los nenúfares, aparecía la silueta de Neptuno, quien con su tridente afilado vigilaba los confines acuáticos; y más allá la de Júpiter, que con su ejército de lirios rodeaba la fortaleza de San Blas e impedía alcanzar la tierra prometida.

¡Qué cosmos tan maravilloso! Cómo evitar, ante tantas sensaciones, remontarse por encima de este mundo, deparando en el aliento de unas rosas cuánto amor hay en la vida, con espinas y sonrisas; descubriendo con el tacto estigmas y polen aún escondidos; adivinando desde lejos las melodías de la orquesta de las ranas y los grillos, acompañados por el coro invisible de los gnomos.

Aquellos destellos imaginarios exhortaban a Darío a esculpir nuevas formas en una habitación del sótano que don Salvador, el director del centro, tuvo la gentileza de dejarle a modo de taller. Como todos los sótanos, éste era húmedo, con las paredes teñidas de rubéola marina, en las que se veían claramente hongos de mil tamaños que desafiaban año tras año la ley seca del cemento y provocaban que la primeriza costra calcárea fuera cayendo al suelo hecha pedazos. El blanco

originario se vestía, así, en los grandes espacios de un ocre mitad terroso, mitad trigueño, mientras en algunas aristas asomaba ya un moho verdemar.

El cuarto tenía unas dimensiones lo bastante amplias como para que Darío se moviera con cierta facilidad. Dos mesas rectangulares, utilizadas antaño para banquetes, eran más que suficientes para modelar el barro, sin preocuparle en absoluto la carcoma que se dibujaba en todos los tablones o el que algunos cantos estuvieran astillados. Desde lo alto colgaba una bombilla pelada, similar a la de la galería de su casa de Barcelona, con el cable lleno de telarañas finas, que se extendían prácticamente por todo el techo. En unas de las paredes laterales podía verse una claraboya con los barrotes exteriores oxidados y tapiada con unos cristales cubiertos de polvo. Lo único que incorporó Darío a la estancia fue un gran mantel de plástico, que colocó encima de las dos mesas para limpiar mejor los restos de barro y el agua que caía cada vez que mojaba sus trabajos con el fin de mantenerlos fáciles al tacto.

Durante los primeros meses que siguieron a la marcha de su contertulio don Tomás, Darío compaginó por igual su tiempo, dedicando las mañanas a pasear y a inventarse episodios astrofísicos o de la naturaleza animal que soliviantaban sus imágenes tradicionales, y las tardes a esculpir el barro. Sin embargo, poco a poco se fue encerrando más en el

taller del sótano, multiplicando las horas hasta la madrugada con el permiso expreso de don Salvador, para quien Darío era un iluminado del siglo XX que había llevado hasta las últimas consecuencias el amor hacia su esposa.

En navidad Darío ofrecía cariñosamente toda suerte de sorpresas a varias personas responsables del manicomio, empezando por el director y siguiendo por su asistente social, el cocinero y el telefonista. Les regalaba obras suyas en barro cocido –formas de flores, platos, jarrones– y a don Salvador cada año un modelo distinto de botijo para su colección particular. Gracias al director podía enviar sus piezas frescas a cocer a Barcelona por medio del repartidor de periódicos, quien muy gustoso las acomodaba en su furgoneta como si llevara oro en paño.

Este comportamiento tan especial y el eco que tenían sus obsequios anidó envidias entre buena parte de los internos, que no entendían cómo el vecino más insociable de todos se ganaba la confianza de los rectores de esta casa encantada de San Blas. Cada cual tenía su propia opinión. Para el vigilante nocturno, que le descubría bastantes noches tendido en una hamaca del sótano, Darío era un pobre hombre que se había emborrachado de arte y había acabado por confundir la noche con el día y la hamaca con la cama. Para Mercedes, la psicóloga, no había en aquella mente ni un rasgo de demencia; el problema radicaba en que

no existía espacio en este mundo para corazón tan puro. Según el señor Andrés, el telefonista, Darío era el interno sin problemas, que recibía pocas llamadas desde el exterior, aunque, eso sí, cuando le llamaba su hija Claudia no soltaba el teléfono ni a tiros. Y para don Salvador, era el interno predilecto, dotado de una gran educación y delicadeza, y con unas ganas tremendas de superarse a sí mismo.

Los siete años que pasó en el manicomio no hicieron más que fortificar toda la ternura que llevaba dentro. Casi todo el personal asistencial, empezando por Mercedes, estaba convencido de que Darío no estaba trastornado mentalmente. Su única sinrazón residía en su extrema sensibilidad, que le había conducido por una senda irracional de acuerdo al modelo de sociedad vigente. ¿Había que llegar tan lejos para amar? ¿Había que sufrir tanto para oler más profundamente los aromas de unas flores silvestres; para oír con mayor minuciosidad los cantos parecidos de los pájaros; para percibir desde la oscuridad las bellezas de esta tierra, convirtiendo las suaves estrías de una piel en refugio de sensaciones pétreas, glosas de vida y esperanza, con las que construir esa ilusión de cada día?

Afortunadamente para él, con el paso del tiempo fue encontrando mayores justificaciones para quienes le tachaban de lunático y anacoreta. Espació sus paseos matinales plenos de invenciones paisajistas y mi-

tológicas, y comenzó a concentrarse en su habitación en la lectura de teólogos y místicos. Thomas More, Santa Teresa y San Agustín eran sus predilectos. El primero, por lo que significaba de defensa cristiana de la utopía; la segunda, por haber logrado convertir la fe en una utopía real de santidad; y el tercero, porque con sus pecados acercaba más la utopía divina a los comportamientos mundanos de los hombres.

Aunque su educación fue católica, en los dominicos y de vez en cuando con jornadas de retiro espiritual, Darío nunca se distinguió precisamente por beato, ni mucho menos. Había, eso sí, párrafos de la Biblia que le iluminaban la conciencia, como el del Jordán, la multiplicación de los panes y los peces, la cura de Lázaro o el personaje excelso de María Magdalena. Pero no iba a misa desde hacía lustros, recordaba sus comuniones con los dedos de una mano, y nunca más se había confesado después del tortazo desmedido que le propinó el obispo el día de su confirmación.

Sin embargo, esta paz forzada del frenopático de San Blas y los reproches constantes de otros internos le convencieron de la necesidad de razonar sus instintos primarios por la vía de la literatura teológica. Si bien dentro de sí no paraba de pensar que no tenía porqué dar explicaciones, como tampoco las da la Iglesia cuando al final siempre aparece el dogma de fe, la verdad es que disfrutaba leyendo las vicisitudes

de los habitantes de la isla de *Utopía* inventada por More, las disquisiciones de Erasmo sobre la conducta, las *Confesiones* de un San Agustín licencioso con las mujeres, y buscando las claves de la vida interior en las contemplaciones inmanentes de Teresa de Jesús.

Gracias a estas lecturas halló buenos razonamientos para explicar mejor qué le indujo a huir de la realidad para abrazar la vida más ardientemente, por qué el amor es brujo en la oscuridad permanente, qué motivos escondidos alberga un alma enamorada de Dios, de la naturaleza o de un corazón humano para cubrir de infinito lo que sólo es temporal; para alegar que lo suyo fue un sacrificio egoísta pero con el fin de amar más y por siempre a Elsa.

La muerte de su esposa aceleró su puesta en libertad. Claudia supo ganarse al director del manicomio con la excusa de su inminente boda con Mathius, prometiendo a don Salvador que cuidaría de su padre. Y Darío, que rozaba ya los cincuenta años, no puso reparos en regresar a casa, pues sentía con nostalgia cómo sus días se le iban escapando despacio en San Blas.

No quiso una cena en su honor, como era la costumbre siempre que algún interno abandonaba este lugar; y, cuando la noticia comenzó a circular, intentó evitar en lo posible dar explicaciones. Sólo tuvo un gesto especial con Mercedes y con el director. A la joven psicóloga, de reconocida valía en el desempeño

de trabajo tan complejo, le dedicó palabras de aliento y distinción a su gran labor, y le dio varios consejos como si se tratara de su propia hija. Con don Salvador, no pudo contener el porte y a la hora del adiós no se le ocurrió otra cosa que tomar su mano y, cabizbajo, besarla varias veces, mientras algunas lágrimas caían desvanecidas fuera de su rostro y don Salvador intentaba consolar con palmaditas en la espalda a su interno preferido durante los últimos siete años.

Las candilejas de la noche y un trote de juvenuelos camino abajo le devolvieron al presente. La habitación se había refrescado más de la cuenta, por lo que acabó de cerrar la ventana, que había estado entornada hasta ahora. Sonaron dos campanillas delicadas en el reloj de la mesilla, y Darío hizo una mueca de disgusto por haber alargado más tiempo del debido ese diálogo en silencio con su propia memoria. Se reconfortó un poco en la butaca, estiró las piernas por debajo de la mesa camilla y giró la cabeza adelante y atrás con la idea de reincorporarse después algo más despejado. Se acercó a la mesa pensando que aún podía estar tibia la tisana que le había dejado preparada la señora Melba; pero ya estaba fría.

Antes de levantarse acarició sus manos con lentitud y suavidad, como si estuviera vistiendo de terciopelo las arterias, cada año más abruptas y testigos de un devenir que no espera. Alcanzó con su mano derecha el anillo de boda atenazado en el dedo anular de la izquierda y lo fue dando vueltas lentamente hasta vaciarlo por dentro. Luego buscó en su interior las huellas que el joyero había dejado: la inicial de Elsa y la fecha de su matrimonio, *7 de abril de 1949*. ¡Habían pasado ya cuarenta y un años! y, sin embargo, a pesar de todo este tiempo transcurrido el aro seguía como nuevo y conservaba bien incisos aquellos rasgos. Lo siguió palpando todavía un rato, con la mente transitando por el vacío, sin pensar nada concreto, ni un solo recuerdo en especial que no fuera la imagen abstracta de una Elsa entera.

Pasaron unos cinco minutos, y Darío sintió cómo el anochecer se hacía denso y largo al calor de la lámpara, acurrucado junto a la mesa camilla, acariciando aún el anillo y viviendo, un día más, pendiente de la nostalgia. En la radio sonaba otro capricho de violín de Paganini, como si nada hubiera sucedido desde la medianoche. Otro locutor, otra versión, otra casa de discos...

Volver a empezar. La cama entreabierta, la alfombra rozando sus pies, un canto aislado de gotas que se dejaban caer con gran solemnidad desde la boca del grifo del lavabo, unos vidrios fríos que escurrían

pequeñas lágrimas de humedad, un radiador constipado y siempre a medio gas... Mañana sí que haría algo distinto: quizá un baño en el balneario contra el reuma; o una excursión tranquila hasta el arroyo de Benaula; tal vez un paseo por la avenida del Ruffí bajo los plataneros; acaso una comida especial para celebrar la próxima venida de su querida Claudia; o por qué no aprovechar la jornada para ultimar los regalos a sus nietos, acabar de pintar el bargueño diminuto que había comprado para Berta, o empezar a barnizar la flauta de Eric.

—“¡Ay!, noche que me pierdes y me atormentas sin importar la hora ni el día. Adiós, caprichos de Paganini. Adiós, mi querida Elsa inmortal. Adiós, jovenzuelos taciturnos desperezados de amor. Mañana volveré a levantarme, como cada día, con el tañido jubiloso de las campanas de la iglesia de San Esteban, con el sonido crepitante de los manantiales, con la balada de mis pasos esparciendo la fronda abigarrada de la alameda. Adiós, aurora... Ya suenan las campanas, y yo aún estoy soñando despierto.